

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



- [1] Juan 1:36
- [2] Salmo 80 (Jueves, Oración de la Mañana; Semana II)
- [3] Juan 14:9
- [4] NAB Mt. 1:39 notas al pie
- [5] Juan 1:41

¡Conexión Directa!

- ¿Qué dice el Evangelio según Juan 1:35-42 - pg. 1
- ¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
- ¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Juan 1:35-42 – Misal Romano

En aquel tiempo, estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba, dijo: “Éste es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos, y viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscan?” Ellos le contestaron: “¿Dónde vives, Rabi?” (Rabi significa ‘maestro’). Él les dijo: “Vengan a ver”. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés, fue a su hermano Simón, y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías” (que quiere decir ‘el Ungido’). Lo llevó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él la mirada, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás” (que significa Pedro, es decir ‘roca’).

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas

De las homilias de san Juan Crisóstomo, obispo, sobre el evangelio de san Juan

Andrés, después de permanecer con Jesús y de aprender de él muchas cosas, no escondió el tesoro para sí solo, sino que corrió presuroso en busca de su hermano, para hacerle partícipe de su descubrimiento. Fíjate en lo que dice a su hermano: Hemos encontrado al Mesías, que significa Cristo. ¿Ves de qué manera manifiesta todo lo que había aprendido en tan breve espacio de tiempo? Pues, por, por una parte, manifiesta el poder del Maestro, que les ha convencido de esto mismo, y, por otra, el interés y la aplicación de los discípulos, quienes ya desde el principio se preocupaban de estas cosas. Son las palabras de un alma que desea ardientemente la venida del Señor, que espera al que vendrá del cielo, que exulta de gozo cuando se ha manifestado y que se apresura a comunicar a los demás tan excelsa noticia. Comunicarse mutuamente las cosas espirituales es señal de amor fraterno, de entrañable parentesco y de sincero afecto. Pero advierte también, y ya desde el principio la actitud dócil y sencilla de Pedro. Acude sin tardanza: Y lo llevó a Jesús, afirma el evangelio. Pero que nadie lo acuse de ligereza por aceptar el anuncio sin una detenida consideración. Lo más probable es que su hermano le contase más cosas detalladamente, pues los evangelistas resumen muchas veces los hechos, por razones de brevedad. Además, no afirma que Pedro creyera al momento, sino que lo llevó a Jesús, y a él se lo confió, para que del mismo Jesús aprendiera todas las cosas. Pues había también otro discípulo que tenía los mismos sentimientos. Si Juan Bautista, cuando afirma: Éste es el Cordero, y: Bautiza con Espíritu Santo, deja que sea Cristo mismo

quien exponga con mayor claridad estas verdades, mucho más hizo Andrés, quien, no juzgándose capaz para explicarlo todo, condujo a su hermano a la misma fuente luz, tan contento y presuroso, que su hermano no dudó ni un instante en acudir a ella.

Quedarse con el Señor - Lección y Discusión

“¿Dónde vives?”

En la lectura del Evangelio, Andrés le hace a nuestro Señor una simple pregunta, ¿Dónde vives? Jesús responde permitiendo a Andrés venir con él. Cuando Andrés oyó a Juan el Bautista decir: “Este es el Cordero de Dios” [1] comenzó a seguir a Jesús desde lejos. **¿Cuántos de nosotros seguimos a Jesús, pero sólo desde la lejos, sin estar dispuestos a acercarnos a Él?** ¿Qué sucede cuando seguimos una persona desde lejos? Muchas veces hablamos de acechadores o tal vez hemos visto una película de detectives en la que un agente está siguiendo a una persona, en ambos casos la persona que esta siguiendo no quiere ser visto por quienes está siguiendo ¿Seguimos a Jesús de lejos porque somos curiosos y realmente no queremos que vea nuestros pensamientos, acciones, palabras, etc.? Hay una seguridad en el seguimiento a distancia, pero no hay una intimidad A lo largo de la historia de la salvación, Dios ha llamado a su pueblo a la intimidad. El Salmo 95, la oración invitatoria, rezada cada día en la Iglesia, dice: “Ojalá escuchen hoy su voz: No endurezcan el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando sus padres me pusieron a prueba y dudaron de mí, aunque habían visto mis obras”. Desde lejos podemos “ver las obras de Dios”, pero desde lejos no podemos “escuchar su voz”. Cuando queremos escuchar a alguien podríamos preguntarle a él o ella que se acerque. Dios nos pide que no lo sigamos de lejos, sino que nos acerquemos. Desde lejos, podemos ver la sombra de la persona, o tal vez su cuerpo y las extremidades, pero no podemos ver su rostro. La cara es un signo de la intimidad; estar tan cerca de una persona que se puede estar cara a cara es íntimo. Cuando la gente explica que ha conocido a una persona famosa por lo general dice lo cerca que estuvo a la persona, tal vez 10 pies. Si estaban muy cerca podrían decir que hablaron “cara a cara” con esa persona. Dios quiere estar cara a cara con su pueblo. Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa. La han talado y le han prendido fuego: con un bramido hazlos perecer. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. Señor Dios de los ejércitos, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.”[2] Dios no sólo mira desde el cielo, sino también desciende del cielo. Jesús nos devuelve para que podamos ver el rostro de Dios y que el rostro de Dios brille sobre nosotros. Cuando tenemos una relación íntima con Jesús, vemos el rostro de Dios, porque Jesús dice: “El que me ha visto, ha visto al Padre...”[3] Es sólo cuando vemos el rostro de Dios que podemos “Perecer al fruncir el ceño de su cara” y ser salvos cuando Su cara brilla sobre nosotros. En cualquier relación, estamos molestos cuando vemos un ceño fruncido en la cara de quien amamos, especialmente si

nuestras acciones o palabras causan el ceño fruncido. Entonces en el sincero perdón, nos arrepentimos de lo que hemos hecho y hacemos las paces. De la misma manera en que experimentamos una gran alegría cuando la cara de quien amamos “brilla” sobre nosotros. Si no estamos cerca no vemos ninguna expresión facial y quedamos en lo “desconocido”. No sabemos dónde estamos con respecto a la relación y, de hecho, podríamos cuestionar si tenemos la relación en absoluto. Jesús se dirige a ellos y hace una pregunta sencilla de lo que están buscando. En su corazón, Jesús ya sabía la respuesta, pero quería darles la oportunidad de preguntar por sí mismos. Jesús nos está preguntando exactamente la misma pregunta a nosotros, **“¿Qué están buscando?”**

¿Por qué Jesús permite que vengan con Él? En un sentido histórico, la hora del día era, literalmente, la décima hora, desde la salida del sol, en el cálculo romano del tiempo y algunos sugieren que al día siguiente, a partir de la puesta del sol, habría sido el Sábado. [4] Se habrían quedado allí porque nadie viajaba en Sábado. En un sentido teológico, Jesús permite a cualquiera y a todos que lo sigan. Él nos invita a tomar tiempo de nuestro día y permanecer con Él todo el tiempo que podamos. Podemos estar tan distraídos por todo en el mundo que no somos capaces de reconocer a Cristo y estar con Él. Cuando lo hacemos, Jesús nos llama a acercarnos a Él para estar con él todo el tiempo posible con el fin de entender verdaderamente y saber que Jesucristo es Rey. Si reconocemos esto nosotros también podemos salir y buscar a otros para seguir a Jesús también.

¿De que hablaron Jesús y Andrés por la noche? Las Escrituras no nos dicen, pero lo que sí sabemos es que justo después de una noche, Andrés creyó plenamente que Jesús era el Mesías. Sabemos esto porque él va tras su hermano, Simón, para decirle: “Hemos encontrado al Mesías.”[5] Una conversación con Jesús cambia vidas. Esto lo vemos en todo el Evangelio. La mujer en el pozo y los dos discípulos en el camino a Emaús tienen el mismo tiempo de conversación con Jesús, lo que resulta en una conversión en la que el individuo es inspirado a evangelizar, a hablarle a otros acerca de Jesús.